DIOS, EL DIABLO Y LA SAGRADA ESCRITURA EN LOS ENTREMESES DE CERVANTES

Cuando leemos los entremeses de Cervantes nos sorprende la frecuencia de las alusiones a Dios, al diablo o a la Sagrada Escritura que apuntamos en los diálogos de los personajes. Ya sabemos que una de las características esenciales de la España del siglo XVII es su religiosidad. ¿No serán, pues, estas numerosas alusiones una de las manifestaciones del espíritu religioso de la época? Al estudiar los entremeses de Cervantes desde este punto de vista, quizás nos sea posible ver de qué modo lo religioso se presenta en la lengua de aquellos tiempos y cómo lo utiliza Cervantes en sus ocho piececillas.

Notamos en primer lugar que el nombre de Dios se encuentra en boca de casi todos los personajes de los entremeses. Este nombre de Dios aparece en los numerosos juramentos, reniegos y votos que salpican los diálogos. Claro está, se trata aquí de una costumbre ya profundamente arraigada en la lengua española como en casi todas las lenguas, pero su frecuencia es tan importante que nos parece que se puede considerar como una particularidad del habla de la época. Además no olvidemos que el entremés es un género esencialmente popular, los protagonistas pertenecen al pueblo, y el pueblo más que cualquier otra clase de la sociedad expresa sus sentimientos, su cólera, su indignación, su corpresa... por medio de juramentos, reniegos y votos que toman casi siempre a Dios por testigo. Por otra parte, muchas veces Cervantes se vale de estos juramentos con intención determinada y precisa y será esto uno de los procedimientos que utiliza en sus piezas, ya para conseguir mayor dramatismo, ya para dar más vida al diálogo, ya para reforzar lo cómico de un personaje o de una situación.

La primera fórmula de juramento con la cual tropezamos en los entremeses es una fórmula muy común: «¡Por Dios!». La encontramos en boca de gente bastante distinta:

el soldado de *El juez de los divorcios* (p. 12) (1);
el rufián Trampagos de *El rufián viudo* (p. 48);
su criado Vademecum (p. 53);
el aldeano Jarrete en *La elección...* (p. 81);
el sacristán de este entremés (p. 85);
el soldado de *La guarda cuidadosa* (p. 100);
el amo de Cristina en este entremés (p. 111);
el alcalde Benito Repollo de *El retablo...* (págs. 171 y 175);
la Leonarda de *La cueva...* (p. 190);
su marido Pancracio (p. 213);
el Cañizares de *El viejo celoso* (p. 239);
los músicos de este entremés (p. 240).

Apuntamos además unas variantes de este juramento:

«¡Por Dios santo!», dice el escribano de *La elección...* (p. 70);
«¡Por Dios vivo!», grita el furrier de *El retablo...* (p. 182);
«¡Por Cristo!», exclama el bachiller de *La elección...* (p. 83).

Luego viene otra fórmula que matiza el juramento con un sentimiento de ira o de enojo: «¡Vive Dios!». Aquí también lo dicen personajes bastante distintos:

los músicos de *El rufián viudo* (p. 57);
el escribano de *La elección...* (p. 70);
el regidor Algarroba de este entremés (p. 77);
el soldado de *La guarda cuidadosa* (p. 91);
el alcalde Benito Repollo de *El retablo...* (p. 181);
Cañizares en *El viejo celoso* (p. 240).

Otro juramento que pocos personajes se atreven a pronunciar es: «¡Voto a Dios!». Se le escapa a Benito Repollo, pues grande es su

(1) Ed. de *Clásicos castellanos*, CERVANTES, *Entremeses*, n.º 125.

cólera contra el pobre Rabelín *(Retablo...* p. 175). Los demás personajes suavizan el reniego y evitan el nombre de Dios diciendo:

«¡Voto a dico!», como el sacristán de *La elección...* (p. 83);
«¡Voto a tal!», como el soldado de *La guarda...* (p. 109);
«¡Voto a...!», como el estudiante de *La cueva...* (p. 198).

El mismo Benito Repollo con menos enojo se dirige a Chanfalla diciéndole: «¡Voto a tal!» (p. 109).
Pasa lo mismo con el reniego que echa el furrier de *El Retablo...*, enojado por las palabras de los aldeanos: «¡Cuerpo de Dios con los villanos!» (p. 182). Viene a tomar forma más inocente:

«¡Cuerpo del mundo!» (págs. 168, 177, 65 y 78);
«¡Cuerpo de nosla!» (p. 176);
«¡Cuerpo de tal!» (p. 172);
«¡Cuerpo de mi padre!» (p. 45).

Además de los juramentos, encontramos también en los entremeses de Cervantes numerosos votos, es decir, unas fórmulas que manifiestan el deseo de que suceda una cosa. Estos votos ofrecen gran variedad y vemos que los personajes cervantinos ruegan a Dios por cualquier clase de cosas. Muchas veces estos votos, de un modo más evidente que los reniegos que hemos mentado ya, dan al texto, o mejor al contexto, un matiz particular según la persona que los pronuncia: ironía, ridiculez, énfasis grotesco, parodia burlesca... Fórmulas corrientes como los reniegos ya mentados, casi siempre ayudan a lo cómico o burlesco de un personaje o de una situación. Vamos a contentarnos con enumerarlos, situándolos rápidamente:

«Por amor de Dios, Mariana...», suplica el vejete de *El juez de los divorcios,* que añade poco tiempo después: «Habla paso, por la pasión que Dios pasó» (p. 3),

«Pluguiese a Dios...», exclama el juez (p. 25);
«Den por Dios...», pide el santero de *La guarda cuidadosa* (p. 96);
«Dios lo haga», ruega la Chirinos de *El retablo...* (p. 166);
«Con mis versos me ayude Dios», dice el Gobernador (p. 168);

«Por la gracia de Dios padre», implora Chanfalla (p. 172);
«Plega a Dios todopoderoso», echa Benito Repollo (p. 180);
«Por amor de Dios», suplica Leonarda (p. 204);
«Plega a Dios», dice Cristina (p. 219);
«Pluguiera a Dios», desea la Cristina de *El viejo celoso* (p. 219);
«Dios le dé salud a Cañizares», dice su mujer Lorenza (p. 221);
«Dios lo remedie», dice el viejo celoso (p. 226).

Apuntamos otras fórmulas parecidas:

«Dios sea conmigo» (págs. 226, 234, 123);
«Dios te guíe», repite dos veces la Mostrenca a Trampagos cuando éste va a escoger a la sucesora de Pericona (p. 46-47);
«Dios sea con él» (p. 110);
«Dios te lo pague» (p. 128);
«Dios que te guárdate», dice el vizcaíno fingido (p. 144);
«Dios te libre, Dios te libre», grita la Chirinos (p. 172);
«Dios te guíe», dice Benito Repollo a Chanfalla (p. 176);
«Andad con Dios», dice el juez a Mariana y a Aldonza de Minjaca cuyo divorcio respectivo no ha pronunciado (págs. 9, 22);
«Váyase con Dios», le dice el soldado al santero (p. 98);
«Vaya con Dios» (p. 137);
«Que Vuestras Mercedes se queden con Dios», dice Solórzano a las dos cortesanas (p. 144);
«Andad con Dios»: son las palabras con las cuales Leonarda se despide de Pancracio, el marido bobo y crédulo (p. 189);
«Y váyase con Dios», echa el sacristán al estudiante de *La cueva de Salamanca* (p. 197);
«Vete con Dios», suplica Cañizares dirigiéndose a Ortigosa la vecina servicial (p. 235);
«Por la gran Pericona que Dios haya», dice el rufián Chiquiznaque (p. 32);
«Porque Dios no nos los quite», dice Rana (p. 85);
«Siendo Dios servido», dice el soldado de *La guarda...* (p. 108);
El estudiante de *La cueva...* propone «cenar y irnos con Cristo» (p. 209).

A veces el cielo se sustituye a Dios en los votos:

«Plega al cielo», decía Pericona a Trampagos (p. 38);
«Gracias al cielo», dice Vademecum (p. 46);
«Como al cielo plugo», dice Escarramán (p. 51);
«Si es que lo quiera el cielo benditísimo», dice Panduro (p. 63);
«Si lo quiere el cielo», repite (p. 63).
Pero se acude también a Dios y al cielo para maldecir:
«Ni Dios te la depare»,
«Tal os dé Dios el sueño, mentecatas»,
«Que te maldiga el cielo santo», dicen los rufianes (p. 49, 40, 50).

Otras veces se toma a Dios por testigo:

«Aquí de Dios» (p. 235),
«En Dios y en mi ánima» (p. 126, 150).

De Dios depende todo:

«Si Dios no me quita la vida» (p. 187),
«Mientras Dios me diere vida» (p. 226).

Las mismas cortesanas apelan a su justicia:

«Justicia de Dios» (p. 149).

Además de estas fórmulas que mentan a Dios o al cielo, encontramos otras de índole parecida:

«¡Ay, pecadora de mí!» (p. 144);
«¡Pecador de mí!» (p. 164, 103);
«En mi ánima» (p. 149, 195);
«En mi ánima pecadora» (p. 241).

Cuando no se invoca a Dios se invoca a sus santos:

«Que te bendiga San Juan» (p. 58);
«Por San Pedro» (p. 77, 85).

Con la exclamación: «¡Jesús!» se expresa la lástima, el dolor, el susto, la admiración, y este «¡Jesús!» toma más valor todavía en boca de unos personajes (págs. 39, 50, 100, 122, 128, 144, 146, 174, 206, 208, 218, 231, 237, 238). El de la Repulida evoca su origen andaluz: «¡Oh, mi Jezúz!» (p. 43).

Pues no podemos negarlo: mucho se menta a Dios en los entremeses de Cervantes. Cada personaje habla su lengua propia pero todos se valen de juramentos, reniegos y votos idénticos que constituyen un elemento de la lengua del pueblo y en particular del pueblo español de la época de Cervantes.

Pero si se menta muchas veces a Dios en las ocho piececillas de Cervantes se menta también a menudo al diablo. Aquí también estas frecuentes alusiones al demonio nos parecen ser uno de los rasgos del habla popular de la época. Lo encontramos aquí con el nombre de Lucifer: «Cada vez que le veo, hago cuenta que veo al mismo Lucifer», dice Aldonza de Minjaca de su esposo el cirujano (p. 21). El licenciado Gomecillos, es decir, el Gobernador de *El retablo...* compuso las coplas de «Lucifer estaba malo» (p. 167). Allí asoma el demonio bajo el nombre de Satanás: «Satanás habla en tu boca», dice Lorenza a la joven Cristina (p. 229). En otra parte lo evocan bajo el nombre de Belcebú: «Entré con cien mil Bercebuyes», dice de la vecina el viejo celoso (p. 231).

A veces se identifica a unos personajes con el diablo: «Son diablos los gitanos» *(La elección...*, p. 82). En *La cueva...* el barbero y el sacristán son: «dos demonios en forma humana» (p. 206), «demonicos humanos» (p. 208). El estudiante llama al sacristán: «señor sacridiablo» (p. 209). En cuanto al viejo celoso, Cristina nos dice «que toda la noche anda como trasgo por toda la casa» (p. 223).

Es verdad que a menudo el diablo se apodera de unos personajes: «¿Qué demonio se revistió en tu lengua?», pregunta Rana al sacristán (p. 84). «El mismo diablo tiene el estudiante en el cuerpo», dice Cristina en *La cueva...* (p. 206). Hasta en los animales se mete: «El diablo lleva en el cuerpo el torillo» (p. 173).

El diablo no tiene fama de hermoso ni inteligente:

«feo es el diablo» (p. 41);
«burro el diablo» (p. 143).

Lo peor se lleva siempre:

«Lleve el diablo la muela ni diente que tengo en toda ella», éste es el regalo que le promete el desdentado vejete de *El juez de los divorcios* (p. 6). «Encomiendo yo al diablo sus llaves y sus maestrías», dice Lorenza hablando de la llave maestra de su viejo marido (p. 230). El diablo es muy temido:

«porque no me lleven los demonios», dice el cirujano en *El juez de los divorcios* (p. 21). «El diablo me lleve si dije ni hice nada...», dice Cristina al viejo celoso (p. 233). «El diablo me lleve, lo cual querría que no me llevase», jura doña Cristina a Solórzona (p. 149).

Al diablo se le hecha la culpa de todo lo malo que sucede:

«El diablo creo que me ha traído a este pueblo», confiesa el Rabelín de *El retablo...* (p. 176);

«El diablo ha sido la trompeta y la venida de los hombres de armas», dice la Chirinos (p. 182);

«¡Válgate el diablo por músico aduendado!», grita Benito Repollo a Rabelín (p. 175).

Siempre se evoca al diablo para lo peor:

«El diablo sería si mi señor tío me echase a mí la culpa de su entrada», dice Cristina a Cañizares (p. 233);

«¿Aun el diablo sería eso?», pregunta doña Cristina en *El vizcaíno fingido* (p. 149).

A menudo su nombre en boca de un personaje expresa la sorpresa, la admiración, el disgusto:

«¿Quién diablos acertará a concertar estos relojes...?» (p. 21);

«¿Qué diablos puede ser esto que aún no me ha tocado una gota, donde todos se ahogan?» (p. 175);

«¿Qué diablos de doncella tengo de ver?» (p. 181);

«¿Qué diablos es esto?» (p. 201).

En efecto, sólo con el diablo pueden suceder muchas cosas, cuanto más que a veces no se trata de diablo sino de diabla (p. 149).

Desempeña, pues, un papel bastante importante el diablo en los entremeses y su presencia en estas piezas burlescas no es de extrañar por ser él personaje evocado en los reniegos populares y también por-

que en la época tenía gran predilección entre el pueblo que seguía hablando todavía de endemoniados y de cazadores de demonios.

El espíritu religioso de la época se manifiesta en los entremeses de Cervantes con las numerosas menciones o alusiones a propósito de la Sagrada Escritura. Pero no se trata aquí de obras serias, y casi siempre estas menciones o alusiones toman un sesgo particularmente burlesco. Casi siempre se evocan con sentido humorístico. Sin embargo nos permiten ver que en la época de Cervantes la gente, hasta la más humilde, conocía los textos sagrados más característicos ya que se suponía que en el corral de comedias le era posible apreciar la ironía o lo burlesco de tal o cual alusión a la Biblia o a los evangelios o aun a la liturgia. Entre estas citaciones destacan primero las fórmulas latinas sacadas de la Sagrada Escritura:

Quia nullam invenio causam: estas son las palabras que pronuncia el juez después de oír las quejas de las diversas parejas que desfilan en la audiencia (p. 11). Evocan inmediatamente la Pasión de Cristo pues las pronuncia Pilatos cuando tiene que decidir de la suerte de Jesús:

(San Lucas, cap. 23, *versículo* 4: «Ninguna culpa hallo en este hombre;

San Juan, 18, 38: «Yo no hallo en él ningún crimen»;
San Juan, 19, 4: «Ningún crimen hallo en él»;
San Juan, 19, 6: «...porque yo no hallo en él crimen»).

Vuelva al sicut erat in principio, dice Juan Claros el jayán a Trampagos (p. 42). Las palabras *in principio* son recuerdos de varios pasajes de la Escritura:

Génesis 1, 1: «In principio creavit Deus coelum et terram».

San Juan 1, 1: «In principio erat Verbum et Verbum erat...».

Epístola de San Pablo a los Hebreos, 1, 10: «Tu, in principio, Domine, terram fundasti...».

Toda la expresión del rufián la encontramos en la liturgia en donde se repite muy a menudo: *Gloria Patri, et Filio, et Spiriui Sancto. Sicut erat in principio et nunc et semper et in saecula saeculorum.*

Amen», en los *salmos* 42 *y* 69, por ejemplo. En boca de rufianes casi tendría sabor a profanación tal evocación.

«Y hante dado botines *sine numero*», dice la Mostrenca a Escarramán (p. 53), recordando *el vers.* 10, *cap.* 9 *del libro de Job:* «facit... et mirabilia, quorum non est numerus».

Sufficit, dice el bachiller de *La elección...* (p. 80). Se encuentra muy a menudo la palabra en la Sagrada Escritura:

Proverbios 30, 16: «ignis vero nunquam dixit: *sufficit*».

San Lucas, 22, 38: «Ait illi: *Sufficit*» (Entonces ellos le dijeron: Señor, he aquí dos espadas. El les dijo: Basta).

Tu dixisti, contesta el sacristán al soldado de *La guarda cuidadosa.* Esto evoca directamente:

San Mateo, 26, 25: «Ait (Jesus) illi (Judae): *Tu dixisti*».

San Mateo, 26, 64: «Dicit illi (Caiphae) Jesús: *Tu dixisti*».

San Marcos, 15, 2: «Tu es rex judaeorum?... Ait (Jesus) illi (Pilato): *Tu dicis*».

A pesar de ser sacristán el que habla en el entremés sabe también esto a profanación.

«¿Está ya el dinero *in corbona?*», pregunta la Chirinos a Chanfalla (p. 168), repitiendo así las palabras del Evangelio de *San Mateo,* 27, 6: «Non licet eos mittere *in corbonam* pretium».

Ex illis es, dicen del furrier los aldeanos (181). Son éstas las palabras de una criada a Pedro:

San Mateo, 26, 73: «Petro: Vere... ex illis es».

San Marcos, 14, 70: «Vere... ex illis es».

El *Abrenuncio* de Benito Repollo pertenece también a las fórmulas de la liturgia y particularmente a las fórmulas del bautismo o de la confirmación por las cuales se renuncia al demonio (1).

---

(1) "Abernuncio, Satanás, mala capa llevarás". "Es decir que el que quiere vivir bien con mucha conciencia vivirá pobre. Abernuncio por abrenuncio" (Correas). En el Quijote II, 35, Sancho dice "Abernuncio" y el Duque advierte que ha de decir "Abrenuncio".

Las demás expresiones latinas de los entremeses son más bien latinajos como el *rapio rapis del* barbero o fórmulas corrientes y conocidísimas como: *ante omnia, Redeamus ad rem, Amicus usque ad aras* y *Amicus usque ad portam* (págs. 49, 163, 65, 228) (1).

Nos damos cuenta, pues, de que la mayor parte de las frases latinas pertenecen a la Sagrada Escritura y sobre todo a lo más conocido de los Evangelios: la Pasión. Asistía frecuentemente a misa la gente de la época y le era, pues, muy fácil situar la citación latina. Lo que sorprende, hemos de repetirlo, es el uso que hace Cervantes de estas fórmulas de carácter sagrado: un contraste más de la España de aquel entonces.

Pero además de Dios, del diablo y de las citaciones latinas sacadas de la Sagrada Escritura y de la liturgia, encontramos en los entremeses de Cervantes un sin fin de alusiones y de transposiciones acerca de la lengua eclesiástica. A veces se trata de fórmulas empleadas por Cervantes sin intención precisa, pero otras veces se trata de conseguir con ellas un fin cómico o burlesco determinado. Ello demuestra que Cervantes conocía los textos sagrados y también que el público los conocía y podía apreciar el humorismo que sacaba de ellas el autor al emplearlas.

Ya hemos dicho que el vejete de *El juez de los divorcios* suplica a Mariana que hable «Paso, por la Pasión que Dios pasó» (p. 3). Aquí tenemos una evocación de la Pasión de Nuestro Señor, evocación a la cual dan más fuerza las sucesivas aliteraciones de las palabras: «paso, por, pasión, pasó». Ya entendemos con esto que la vida del vejete con su esposa es un verdadero calvario y que Mariana es su verdugo en esta tierra.

«Desta suerte, dice también el vejete, podremos vivir en paz y en servicio de Dios» (p. 10). Esta fórmula es muy común y la encontramos a menudo en las *Vidas de santos*. Pone de realce el contraste evocado por las palabras de Mariana que proclama: «Estoy sana y con todos mis cinco sentidos cabales y vivos...» (p. 11).

---

(1) "Amicus..." (Ver *D. Quijote* I, 33).

«Bendito sea Dios», que notamos muchas veces en los diálogos, procede de las letanías, de los himnos y de las oraciones de la liturgia. Es expresión muy común también.

«No hizo Dios a nadie a quien desamparase», alega la Mostrenca en *El rufián viudo.* Es frase de inspiración evangélica. Nos recuerda el *éxodo* de los israelitas y el *salmo* 113: «El levanta del polvo al pobre, y al menesteroso alza del estiércol...». Racine pensaría también en esto cuando escribió en *Atalía:*

«Dieu laissa-t-il jamais ses enfants au besoin?

«Aux petits des oiseaux, il donne sa pâture». *(Acto II, escena 7).*

«Creo en Dios» es el *Credo* de la liturgia, pero cuando Algarroba añade: «a pies jontillas» el verso completo nos hace sonreir (p. 64).

«Dios loado» es el «Alabad a Dios», tan repetido como por ejemplo en los *salmos* 146, 147, 148 *y* 150 de la Biblia. Tiene además para nosotros un sabor campesino y arcaico (p. 72).

«A vista de Dios y de todo el mundo», dice la fregona de *La guarda cuidadosa* (p. 113). ¡Bonitos testigos de su «deshonra»! Es fórmula usual pero recuerda unos pasajes de los evangelios como en *San Lucas:* «Y Jesús crecía en sabiduría y en gracia, para con Dios y los hombres» *(San Lucas, Cap.* 2, *vers.* 52). Es el «devant Dieu et devant les hommes» francés.

«La ayunarían o santiguarían», dice el vejete comparando así a su esposa Mariana con un santo, pues «ayunar a un santo» es considerarlo con respeto y tenerle temor (p. 7).

«Vivo con ella mártir sin haber jamás sido confesor...», añade el vejete (p. 7). El juego de palabras evoca los martirologios cristianos y ya podemos pensar que bien merece la aureola el vejete después de su «pasión» con Mariana. Recordemos que a Cervantes le gustaba reunir los dos vocablos:

«Y él quiso ser en un potro
confesor y no mártir;
mártir, digo, Maldonado» (*Pedro de Urdemales,* Jornada 1.ª, Aguilar, p. 508).

«Que ni tenéis ojos con qué ver, ni oídos con qué oír, ni pies con qué andar, ni mano con qué tocar», reprocha Mariana a su esposo

(p. 11). Aquí no cabe duda que se trata de una alusión directa al *salmo* 115 de la Biblia:

> Tienen boca, mas no hablarán;
> Tienen ojos, mas no verán;
> Orejas tienen, mas no oirán;
> Tienen narices, mas no olerán;
> Manos tienen, mas no palparán;
> Tienen pies, mas no andarán;
> No hablarán con su garganta.

Y dice también San Mateo:

«Bienaventurados vuestros ojos porque ven, y vuestros oídos porque oyen» *(San Mateo,* 13, 16).

Encontramos en los entremeses de Cervantes numerosas alusiones al pecado o al pecador:

«Como el pecador mejor puede», dice el soldado de *El juez de los divorcios* (p. 17),

«que saqué de pecado», dice de su mujer la placera el ganapán (p. 23);

«en descuento vaya de mis pecados», decía la Pericona (p. 34);

«confieso mi pecado», dice la Repulida recordando así el *Confiteor.*

Pericona era un ángel: «la muerte de mi ángel», dice Trampagos (p. 33).

«Vale para todas las cosas», dice de la caridad Leonarda en *La cueva de Salamanca* (p. 210), repitiendo así las palabras de San Pablo en sus Epístolas: «Y sobre todas estas cosas vestíos de caridad, la cual es el vínculo de la perfección» *(Epístola de San Pablo a los Colosenses,* 3, 14).

El espíritu caritativo de la religión asoma en el dicho del barbero de *La cueva de Salamanca:* «Nuestro Señor pague a Vuestras Mercedes la buena obra» (p. 210).

«Según el dicho del Apóstol, mejor es casarse que abrasarse»: esto opina el compadre de Cañizares (p. 226) repitiendo la frase de San Pablo: *Melius est enim nubere quam uri,* es decir: «Y si no tienen don de continencia, cásense: que mejor es casarse que quemarse» *(Epístola* 1.ª *del apóstol San Pablo a los Corintios,* 7, 9). Mal se aviene, pues, el consejo con la situación del viejo celoso cuyo terrible juego de palabras a propósito de los frutos del matrimonio ya nos ha enterado de sus posibilidades: «La mía los goza doblados» (p. 227).

«No quiere Dios del pecador más malo sino que viva y se arrepienta», dice el escribano de *La elección...* (p. 65) parafraseando la sentencia bíblica.

El «...en los siglos de los siglos. Amén», de Berrocal (p. 81), es el *per omnia saecula saeculorum. Amén,* de la liturgia. ¿Será esto toda la ciencia del más famoso de los mojones o catavinos?

«Busco en esta calle lo que hallo y tú buscas y no hallas», dice el sacristán al soldado de *La guarda cuidadosa* (p. 90), y más lejos el soldado confiesa al amo de su Cristinica: «Y busco lo que no hallo» (p. 106). Ya encontramos la oposición entre las dos palabras en los Evangelios y de ello vendrá sin duda el refrán: «Quien busca, halla» (San Mateo, 7, 7).

«Parece que quieres dar el alma a su Hacedor», dice doña Cristina a doña Brígida (p. 122). ¡Qué bien hablan las cortesanas! A ellas también les son familiares las frases de los Evangelios. *(San Juan* 19, 30).

«Eres venturosa sobre las venturosas», dice doña Brígida a doña Cristina (p. 146), parafraseando de este modo el «Bendita tú entre las mujeres» de San Lucas (*San Lucas* 1,28 *y* 1,42).

Hasta la exclamación tan corriente de la Repulida: «¡Ay lumbre destas lumbres» (p. 48), recuerda el *lumen oculorum, baculum senectutis,* del *Libro de Tobías* (10, 4).

Y cuando dice la Chirinos: «Maravilla será si no nos apedrean por sólo el Rabelín» (p. 158) nos recuerda unos pasajes del *Éxodo* (17, 4 *y* 19, 13) y de *San Juan* (8, 5 y 10, 31).

No es de extrañar que diga Benito Repollo: «El diablo lleva en el cuerpo el torillo» (p. 173), si recordamos que los demonios del Evangelio de San Lucas entraron en los puercos *(San Lucas,* 8, 33).

El conjuro de Chanfalla recuerda las fórmulas acostumbradas: «¡Oh tú, quien quiera que fuiste... te conjuro, apremio y mando... Ea... ya veo que has otorgado mi petición» (p. 171). Son casi las fórmulas que emplea Marquino «para invocar de la región oscura los feroces espíritus malignos». En efecto, dice de este modo: «Ea, pues...

«¿Por qué a mis peticiones estás mudo?...

...conjuro, apremio, pido y mando

que venga a obedecerme aquí volando» *(El cerco de Numancia,* Jª IIª, Aguilar, p. 159).

«Ea, buen amigo..., ea, no la dejes...», decía al diablo Celestina *(La Celestina,* Aucto cuarto, Cl. Bouret, p. 93) y le hablaba en estos términos: «Conjúrote, triste Plutón... te conjuro por la virtud e fuerza de... e otra e otra vez te conjuro» (Aucto tercero, Cl. Bouret, p. 87, 88).

Además, en los entremeses Cervantes evoca a unos personajes bíblicos: Sansón, Noé, Herodías, el Precursor.

Para los músicos de *La elección...* los regidores de Daganzo son:

> «Sansones para las letras
> Y para las fuerzas Bártulos» (p. 80).

En el *Retablo de las maravillas* asoma: «la figura del valentísimo Sansón, abrazado con las colunas del templo, para derriballe por el suelo y tomar venganza de sus enemigos» (p. 171). «Téngase, Señor Sansón», le grita entonces Benito Repollo (p. 172).

«Esa manada de ratones que allá va, desciende por línea recta de aquellos que se criaron en el arca de Noé», comenta la Chirinos (página 173).

«Esa doncella, que agora se muestra tan galana y tan compuesta, es la llamada Herodías, cuyo baile alcanzó en premio la cabeza del Precursor de la vida», sigue diciendo la compañera de Chanfalla (página 177).

Además de los personajes bíblicos se evoca también al río Jordán:

«Esta agua, que con tanta priesa se deja descolgar de las nubes, es de la fuente que da origen y principio al río Jordán», dice Chanfalla que celebra las vitrudes de sus aguas célebres mentadas tantas veces en la literatura del siglo de oro español: «Toda mujer a quien tocare en el rostro, se le volverá como de plata bruñida, y a los hombres se les volverán las barbas como de oro» (p. 174) (1).

Por fin no olvidemos dos evocaciones muy donosas de la Biblia:

«Viva vuestra merced más años que Matute el de Jerusalén», dice la vecina Ortigosa a Cañizares, el viejo celoso, reuniendo de este modo

(1) "Río Jordán". Ver Correas.

el patriarca Matusalén y la ciudad de Jerusalén (p. 234). Aquí, pues, se evoca al abuelo de Noé de quien el Génesis habla en estos términos ponderando por primera vez su longevidad:

«Fueron, pues, todos los días de Mathusalam, novecientos sesenta y nueve años, y murió» *(Génesis,* 5, 27).

El estudio que acabamos de hacer nos permite ver con qué frecuencia intervienen en los entremeses de Cervantes Dios, el diablo y la Sagrada Escritura, es decir, cuanto atañe a la religión. Nos damos cuenta de que se trata aquí de uno de los aspectos importantes de las piececillas de Cervantes. Este aspecto, ya lo hemos advertido, puede considerarse desde dos puntos de vista: en primer lugar la importancia del vocabulario religioso y después por medio de este vocabulario la utilización de unos temas determinados.

En cuanto al vocabulario religioso de los entremeses hemos apuntado que se manifiesta en los juramentos, los reniegos y los votos más comunes, propios de la lengua popular y también en las fórmulas más difundidas de los libros sagrados. Este vocabulario religioso de los entremeses se presenta, pues, bajo un aspecto bastante popular: esta es su tonalidad principal.

En cuanto a los temas que evoca Cervantes al emplear este vocabulario notamos que se trata las más veces de la Pasión de Cristo o de los sucesos bíblicos más conocidos: el diluvio, las hazañas de Sansón, la muerte de San Juan Bautista, es decir, de temas que todo cristiano de la época no podía ignorar.

Pues vocabulario y temas, a pesar de ser de origen religioso, tienen un carácter popular marcado. Cervantes escribe sus entremeses para todas las clases de público y ya que pone en escena a personajes del pueblo quiere que hablen la lengua del pueblo y que piensen como piensa el pueblo. Por eso se contenta en sus entremeses con lo más sencillo, lo más conocido del vocabulario y de los temas que pide a la religión.

Este aspecto popular del vocabulario y de los temas religiosos de los entremeses es una prueba más de la religiosidad de la época. Estamos seguros de que hoy el pueblo español o el pueblo francés, no entendería la mayor parte de las alusiones litúrgicas, bíblicas o evangélicas de los entremeses de Cervantes. En el siglo XVII en España podemos suponer que el más humilde entre el pueblo conocía

lo esencial, lo característico de los textos sagrados. La vecina Ortigosa del entremés: *El viejo celoso,* bien sabía quién era Matusalén (y bien lo sabían también los espectadores de los corrales). Sólo el humorismo de Cervantes puede hacernos dudar de su cultura bíblica, que no sería muy grande, pero que sin embargo no ignoraría el nombre correcto del ejemplo bíblico de un largo vivir.

Por fin esta irreverencia, esta casi profanación que hemos notado a veces en el uso que hace Cervantes de las fórmulas litúrgicas o evangélicas, este abuso que a veces nos choca, ¿no será otra prueba de la religiosidad de aquellos tiempos? Nos parece que esto muestra cuán familiares eran las fórmulas religiosas, tan familiares que a un autor no le parecería obrar mal el jugar del vocablo con ellas o sacar de ellas efectos cómicos y burlescos.

La presencia de Dios, del diablo y de la Sagrada Escritura en los entremeses de Cervantes es reflejo de la realidad. No sería completo el cuadro de la época que pinta Cervantes si no evocara este aspecto particular.

HENRI RECOULES